



Formación Permanente del Clero Diocesano de Ecatepec

52. LA VIDA DE JESÚS Y SU TRÁGICO FIN

JUNTA DE DECANATO

12 de octubre de 2017

Objetivo

Tomar conciencia de las causas de la muerte de Jesús en Cruz y confrontarlas con nuestra vida y misión pastoral.

Iluminación Doctrinal

Existen dos caminos para interpretar la muerte de cruz de Jesús:

El *primero* es considerar su proceso de vida que lo condujo irremediamente a este trágico fin. Este primer camino es importante recorrerlo porque su muerte no puede ser entendida históricamente sin relación con su vida.

El *segundo* es interpretar la crucifixión —y por lo tanto la misma vida de Jesús— desde la experiencia del Resucitado, tal como lo realizaron la comunidad apostólica y las primeras comunidades cristianas. Esta visión retrospectiva es fundamental porque sólo así recibe pleno sentido el acontecimiento del Crucificado (es lo que veremos en el siguiente tema).

Haciendo el primer camino podemos identificar tres elementos que merecen nuestra consideración:

Primero, los evangelios testimonian que Jesús fue considerado un blasfemo por los grupos judíos que se adjudicaban la autoridad religiosa y política de Israel. Su blasfemia consistió en que Jesús siempre se manifestó tremendamente libre de los preceptos y prescripciones religiosas de su pueblo. Tal libertad frente a la ley apareció ante sus contemporáneos como un verdadero escándalo ya que cuestionaba el eje mismo de las instituciones israelitas. Su blasfemia fue tanto más grave cuanto él proclamó el reinado de Dios como gracia y liberación para los pecadores y no como juicio condenatorio para ellos.

Oficial y públicamente, la crucifixión y muerte de Jesús era el cumplimiento de una sentencia legal emitida por la autoridad judicial contra un malhechor, como había calificado el Sanedrín a Jesús de Nazaret al entregarlo al Procurador Pilato (Cf. Jn 18,30).

Segundo, este rechazo que sufrió Jesús por parte de los jefes de su pueblo no explica, por sí mismo, el hecho histórico de su muerte por medio de la crucifixión. Ésta era una pena para los delitos contra el orden impuesto por el Imperio Romano, en cambio, la pena judía por blasfemia era la lapidación. Si Jesús sólo hubiera sido condenado por blasfemia su muerte habría sido por ésta última. La crucifixión demuestra que la praxis de Jesús fue comprendida por el poder romano como una praxis que amenazaba las raíces político-religiosas del Imperio. La ejecución por crucifixión manifiesta la dimensión política de la muerte de Jesús ya que amenazaba el fundamento mismo de la «*pax romana*».

El *tercer* elemento que se debe considerar y que es central en una *Teología de la Cruz*, consiste en el significado que para el mismo Jesús tuvo el ser condenado a morir crucificado desde la perspectiva de su total confianza puesta en Dios, su «*Abba*».

«Es indudable que la muerte de Jesús no fue una «bella muerte». Los sinópticos hablan unánimes de su «temblor y temor» [...] Jesús murió, indudablemente, con todos los síntomas de un profundo espanto [...] Sólo se podrá comprender ese algo especial si se considera su muerte no sólo desde la perspectiva de su relación con judíos y romanos, con la ley y el poder político, sino desde su relación con su Dios y Padre, cuya cercanía y gracia él mismo había proclamado» (MOLTMANN, J., *El Dios crucificado*, Sígueme, Salamanca 1975, 208).

El rasgo más dramático de la muerte de Jesús es que, históricamente, ésta se presentó como rechazo y abandono de ese mismo Dios justo y misericordioso que Él había proclamado con plena certeza. Su muerte significó, para sus íntimos y para él mismo, la muerte misma de su causa. Su anuncio de un Dios cercano, misericordioso y lleno de vida venía a quedar en palabras huecas ante el dramatismo de la cruz.

Creemos, al igual que Moltmann, que la *Teología de la cruz* no puede evadir esta pregunta sobre el Dios presente y ausente en el acontecimiento de la crucifixión de la víctima. La pregunta sobre el Padre de Jesús y su presencia ausente en la cruz del Hijo representa el punto crítico y al mismo tiempo neurálgico de toda teología. Es aquí donde nos adentramos en el misterio de la cruz

Textos para la reflexión

«La voluntad del Padre fue su gozo y su martirio...

Y esa voluntad fue su martirio, el íntimo y el exterior, pues todo lo que sufrió no solamente lo sufrió porque el Padre lo quería, sino que la voluntad del Padre fue su íntimo y dulcísimo sacrificio.

Y esa adhesión finísima a la voluntad del Padre, esa pasión divina de cumplirla, fue el fondo de su estado de víctima y de su sacerdocio.

Una víctima es un ser sometido por puro amor y sin condiciones ni reservas a la voluntad del Padre» (L.M. MARTÍNEZ, *Jesús*, 209).

«La única víctima agradable al Padre es Jesús, pero por Él, con Él y en Él, podemos y debemos ofrecernos e inmolarnos» (L.M. MARTÍNEZ, *Jesús*, 229).

Pistas para la reflexión grupal

1. ¿Me siento atraído por la libertad de Jesús para proclamar la Buena Nueva?
2. ¿Cuáles son mis riquezas y pobreza en el acompañar a la comunidad en la instauración del Reino?
3. ¿Cómo asumo y discierno las críticas, persecuciones y confrontaciones que voy encontrando en el ejercicio de mi ministerio?
4. ¿Es la humildad y la fidelidad al proyecto del Padre lo que va normando mi vida sacerdotal?

Compromiso para la vida

- ❖ Identifica las críticas y confrontaciones que vives por causa de tu debilidad e incongruencia y discierne las que son por fidelidad al Proyecto del Padre.
- ❖ Identifica a las personas que son para ti estímulo y causa de paz y fidelidad para tu vocación sacerdotal.

SOMOS UNOS POBRES SIERVOS (Lc 17,7-10)

(Orar desde la entrega de nuestra vida a la causa del Reino)

Servir. Jesús nos invita a servir:
Palabra menospreciada en nuestra sociedad,
una sociedad que invita a ser el primero,
a ser servido, a ocupar los primeros puestos.

Servir. Para servir hace falta estar abajo,
en el servir hay otro que es el Señor:
Jesús, los hermanos, los jóvenes, los pobres...

Servir. Palabra dura. Para servir hay que abajarse,
anularse, perderse... porque el otro es el que importa.
Es difícil servir: ser pequeño, ser el último,
ponerse de rodillas para lavar los pies al hermano.

Servir. Dejarse lavar los pies por el hermano.
Dejarse... No ofrecer resistencias.
Los pies... la parte que más se ensucia,
la que siempre está en los suelos. Es difícil.

Servir. La única condición para ser discípulo,
para ser libre (qué condición ¿verdad?).
Libres de nuestros egoísmos, de nuestras inmadureces,
de nuestros estados de ánimo...

Servir, sólo es posible desde Jesús.
Él, que no vino a ser servido, sino a servir,
y del cual nosotros somos
sólo aprendices de servidores.